

Vocación y escucha. Por Bernardo Nante

Si apostamos de corazón a la hipótesis de la “vocación humana”, debemos comprometernos a escuchar, es decir, a estar atentos para dar lugar a esa “Voz” que paradójicamente es interna y que, sin embargo, se presenta como Algo o Alguien que nos guía en la faz interna y externa del mundo. ¿Cómo silenciarnos para ser capaces de escuchar, de escucharnos? Por lo general creemos que ya conocemos ese desafío, pero en realidad conocemos los “fantasmas de las palabras” pues habitualmente no somos conscientes de lo poco dispuestos que estamos a escuchar. “Escuchar” implica, necesariamente, ser capaces de “poner entre paréntesis” en alguna medida ese ruido interior que nos crea falsas seguridades e inseguridades y que está compuesto de un sinnúmero de tendencias automáticas, ciegas, que se expresan en ideas, afectos, acciones. Pensamos, sentimos, percibimos, intuimos, imaginamos, actuamos, soñamos en buena medida condicionados, ‘escotomizados’ por una sordera militante. Y en esa vida ilusoria nacemos, crecemos, vivimos, morimos. Soy consciente de que el panorama antes mencionado puede resultar algo exagerado, pero quizás no lo sea en términos de “totalidad”. Es decir, desde un punto de vista limitado o parcial, en muchas ocasiones guiamos adecuadamente nuestros pensamientos, nuestros afectos, nuestras acciones, pero carecemos por lo general de una capacidad para vislumbrar la dirección integral de nuestras vidas. Como ya señalamos tantas veces, siguiendo el lenguaje de San Agustín, sabemos hasta cierto punto “dirigir” nuestra vida en cuestiones específicas, pero no así “orientarla”, pues ello supone de algún modo *una anticipación de una meta que dé cuenta de mi totalidad*. Dicho en otras palabras, sólo hay orientación si aquí y ahora resuena en mí de algún modo la Meta; una Meta que quizás sea innombrable e inalcanzable, pero que opera como un imán que reúne mis fragmentos. Sin embargo, cabe preguntarse: ¿No será esa misma meta ilusoria? Las propias tradiciones, en su manifestación más profunda, se anticipan *místicamente* a ese agnosticismo, pues sólo reconociendo nuestra ignorancia frente a un misterio, sólo nombrando la meta transitoriamente, sólo trascendiendo toda palabra, toda representación, seguimos en camino. En este retiro nos proponemos abordar integralmente el tema de la mística que, por definición, nos introduce en la máxima tensión, pues **la mística o bien nos conecta con toda la Realidad o bien es pura Ilusión.**

Lo dicho anteriormente coincide en buena medida con aquello que señala el filósofo catalán Raimón Panikkar cuando caracteriza a la mística como una “experiencia plena de vida”¹. Ahora bien, si aceptamos esa definición de mística, cabe preguntarse si la ‘inversa’ es válida: ¿será toda

¹ Tal es el subtítulo de su obra *De la mística*.

experiencia de plenitud una experiencia mística? Me atrevo a sugerir que toda experiencia de esa índole, toda experiencia integral, es una experiencia mística preparatoria o al menos la condición de posibilidad de una experiencia mística. ¿Cuáles son las experiencias integrales en la vida, aquellas en la que estoy totalmente involucrado? En principio nacimiento, amor, muerte, entre otras, son experiencias que nos involucran en su totalidad; en esas experiencias no podemos estar presentes “a medias” como habitualmente ocurre en nuestro diario vivir. Por lo general vivimos “dosificados”, vivimos de a pedazos, estamos a medias en la vida, como si cada uno de nosotros fuéramos una multitud con deseos discordantes. Pensemos, por un momento, cuántas veces estamos en donde estamos totalmente. Quizás descubriremos una realidad dolorosa; pues sólo ‘estamos totalmente’ cuando la vida nos impone situaciones límites, por ejemplo ante la muerte o la enfermedad, es decir, sólo cuando no podemos mantenernos en ese estado de mediocre tibieza habitual en donde las horas, los días, los años, se deslizan sin dejar más rastro en nuestra psique que un desánimo a veces sordo, como aquellas arrugas que preferimos no ver o que ocultamos presurosos con un aparente impulso juvenil no exento de amargura. ¿Será por eso que tanto huimos de la vejez? ... ¿No será la vejez un proceso que estimula el abandonar lo accidental para así abrazar lo esencial? Por cierto, si así fuera, solemos invertir la fórmula, pues la vejez de quien no se trabajó a sí mismo suele transformarse en un abandono de lo esencial en pos de lo accidental. En realidad la vejez sabia es una recuperación de la frescura juvenil, mientras que la vejez meramente biológica es un camino de disolución de la vida y del sentido. La mística es una experiencia de una unión paradójica de todos los opuestos, incluso del opuesto “vejez-juventud”. **La mística comienza cuando somos capaces de abrirnos a una experiencia de totalidad sin esperar la situación límite o, incluso, haciendo de ella una oportunidad.**

De hecho, el hombre arcaico, más sometido a situaciones límites, tenía más presente la totalidad de la vida porque no podía distraer tanto su atención respecto a que sólo cuando todo está en juego, cuando todo puede ser “perdido”, todo puede ser “ganado”. Recordemos la experiencia de Teilhard de Chardin en el frente de guerra; allí, cuando todo estaba entregado se daba la experiencia plena de vida, la posibilidad de entrega total y, por ende, la experiencia de máxima libertad. Es comprensible, entonces, que la tibieza sea el mayor obstáculo para la mística y que – paradójicamente - la experiencia plena del mal en algún sentido esté más cerca de la mística que la mera mediocridad. Cuando hacia el siglo III a. C. el emperador Ashoka se dispuso – como era de rigor en la época - a recorrer victorioso el campo de batalla en donde yacían los cadáveres de su enemigo vencido, al ver tanta muerte y sufrimiento, su corazón dio un vuelco y una gran compasión se apoderó de él que lo llevó a convertirse al budismo y a declarar el respeto

por todas las religiones. Análogamente, son las experiencias límites las que suelen “transformarnos” o, mejor dicho, las que crean las condiciones de posibilidad para ello.

En este recorrido inicial hemos omitido quizás lo más importante; la presencia de Dios o del Absoluto precisamente porque intentamos presentar la base natural de la experiencia y, con ello, su carácter universal: “*La mística es internacional e interconfesional; no conoce límites*”, señaló Gerardus van der Leeuw. Es evidente que la mística sólo la conocemos a través de la experiencia concreta de los místicos y, por ende, manifiesta una gran variabilidad, pero es cierto que parece responder a ciertos patrones arquetípicos que intentaremos presentar someramente. Y gracias a esos patrones de la experiencia y del camino hacia la experiencia vamos a poder mostrar que la mística es un fenómeno universal que no está reservado a una Santa Teresa o a un Sri Ramakrishna o un Plotino.

En las tradiciones suele señalarse o darse a entender que el místico sabe que hablar de Dios, hablar de lo Absoluto no es más que un acto vano si en el fondo no se tiene la presencia de Aquello que se habla. “*Sin la virtud verdadera – escribe Plotino - el Dios de que se habla no es más que una palabra*”. *Enéadas*, II, 9, 15, 40.